



CAPITULO VII.

NUEVA RETIRADA DE JESÚS MÁS ALLÁ DEL JORDÁN.

Jesús, al dejar á Jerusalem, vino á fijarse más allá del Jordán, sobre los límites de la Judea. El lugar ha sido claramente indicado por el cuarto Evangelio, este es Beth Abara, el mismo en donde Juan, dos años antes, había inaugurado su bautismo. El nombre del profeta había quedado vivo en el pueblo; se acordaba que él había profetizado el Reino de Dios, la venida del Mesías y al Mesías mismo. La multitud acudió á Jesús. Cuando ella le vió y le oyó, fué tocada de la verdad de las predicciones y del testimonio del Precursor. El no verificaba milagros, se decía, pero todo lo que había anunciado era verdadero. Jesús hizo allí muchos prosélitos; recogió lo que Juan había sembrado. En el punto de acatar su carrera, se volvió á hallar en las mismas riberas del Jordán que habían sido testigos de su consagración pública. Antes de tres meses, estará terminada su tarea, y dos años completos habrán bastado á la tarea.

Un gran hombre, viéndose repudiado por un país y su na-

ción, no ligándose á su doctrina y á su persona, mas que las gentes sin autoridad, más ó menos despreciadas y sospechosas, no hubiera dejado de prorrumpir en anatemas desesperados. Aquellos á quienes el éxito traiciona no escapan al abatimiento y al pesimismo.

No se sorprende en Jesús la menor señal de esas debilidades. Al ver crecer esos obstáculos, los peligros, la falta de éxito, él gime por los que le despreciaban, espanta con las amenazas de Dios á sus adversarios irónicos; pero tiene mayor piedad por los débiles y los humildes, y prosigue su obra sin desviarse.

Los Fariseos no dejan de tenderle asechanzas y de estrecharle con cuestiones capciosas; ellos le invitan á menudo á la mesa para sorprenderle, espiarle más de cerca. Jesús se prestó á esas invitaciones de una hipócrita benevolencia. San Lucas nos ha conservado la narración detallada de uno de esos festines. La sabiduría del Maestro resplandecía, y ella hubiera abierto sus ojos, si ellos hubieran querido solamente entreabrirlos.

Uno de los jefes del partido había suplicado á Jesús viniera á comer el pan en su casa. El eligió, con un designio y fin pérfidos, el día de sábado. Esta era una asechanza. De repente se llevó ante el Maestro á un enfermo, á un hidrópico, convencido que, con su piedad, El no dejaría de curarle. Jesús comprendió la intención de esos bellacos. El tomó la ofensiva con una cuestión bruscamente puesta á los Escribas y á los Fariseos presentes:

—“¿Está permitido curar en sábado?”

Los doctores callaron. Pero él, tomando al enfermo de la mano, le curó y le despidió.

Esto fué un escándalo para esos formalistas. Jesús respondió á su pensamiento con una palabra decisiva:

—“Si vuestro asno ó vuestro buey caen en un pozo, ¿quién

de vosotros no le saca inmediatamente, aun en el día de sábado?"

Los doctores no podían replicar. No hay argucias contra esas verdades que hieren á la conciencia como una ascua ardiente.

Los invitados estaban en gran número, y notando Jesús que ellos tomaban los primeros asientos, exaltó esta vanidad torpe, velando la lección bajo una parábola:

—“Cuando estéis convidados á las bodas, no os sentéis en el primer lugar, porque si otro de más consideración ha sido también invitado, el señor del festín llegará y os dirá: Dadle ese asiento; y entonces bajaréis, avergonzados, al último.

“No; cuando seáis convidados, más bien id á sentaros en el último lugar, á fin de que el señor de la casa os diga: Amigo: subid más arriba. Entonces, seréis honrados ante todos los convidados.”

No se trata aquí de una lección de saber vivir; la palabra del Maestro revela siempre alguna verdad eterna, alguna ley del gobierno de Dios, y transporta al pensamiento fuera del círculo estrecho de los horizontes terrestres.

“El que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado.” Estas palabras caracterizan la vida de Jesús, su ser mismo, su destino y su obra, entre ese mundo entregado á todas las exaltaciones y á las infatuaciones del orgullo. La humildad es la condición absoluta de la entrada en su Reino. Aquel que se prevale de sí propio, de su propia sabiduría, de su virtud, de su fuerza, permanecerá con su miseria y se sumergirá en su pequeñez: esta es la historia de la humanidad rebelada contra Dios. Aquel que reconoce su miseria y su pequeñez será exaltado por Dios mismo y participará de la gloria indecible de su vida: esta es la historia de los humildes incorporados á Cristo.

Cuando Jesús enseñó así la humildad como el secreto de la verdadera grandeza á esos Fariseos soberbios, su palabra era profética. En ese momento mismo, él descendió uno á uno

los grados del abajamiento de su vida humillada y dolorosa, él se acercó al momento en el que, entregado sin defensa á sus enemigos, iba, como un esclavo, á ser reducido á nada y anonadarse á sí mismo, obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Esas enseñanzas de una moralidad tan elevada, habían sido á menudo evocadas por los profetas; y no era permitido á los doctores ignorarlas ó despreciarlas. La historia ha consagrado, hace siglos, la verdad poderosa. El camino abierto por Jesús está lleno de una multitud digna de él que se dirige á Dios, á su ejemplo, á través de las humillaciones y los sufrimientos, y en el que se reclutan los elegidos heroicos de su Reino eterno.

Después de esta lección, el Maestro, todo entero en su obra, parece haber querido atraer á este respecto el pensamiento de su huésped. Se volvió á él y le dió ese consejo cuya rareza aparente debía picar su atención:

—“Cuando invitéis á comer ó á cenar, no llaméis ni á vuestros amigos, ni á vuestros padres, ni á vuestros parientes, ni á vuestros vecinos ricos, de temor, quizá, que ellos no os conviden á su vez y no os devuelvan lo que hayan recibido de vosotros. Cuando hagáis un festín, llamad á los pobres, á los enfermos, á los cojos, á los ciegos.

—“Y seréis dichosos, porque ellos no tienen nada que devolveros, porque esto os será devuelto en la resurrección de los justos.”

El acento del Señor conmovió á los que estaban en la mesa.—Sí, exclamó uno de los convidados, dichoso el que coma el pan en el Reino de Dios!

No dudaban, esos Fariseos devotos, que el Reino de Dios estuviese entre ellos, con la persona misma de Jesús; que el festín mesiánico estuviese ya servido, las invitaciones hechas á toda conciencia atenta, y que dependía de ellos el sentarse en la mesa del banquete. Entonces fué cuando Jesús, con una nueva parábola, trató de abrir sus ojos respecto al gran deber

del tiempo presente, respecto al fenómeno divino que se cumplía en Israel, y que ellos no querían ver ni comprender.

—“Un hombre hizo una gran cena y convidó á una multitud de gentes. A la hora de la comida, envió á su sirviente á sus invitados para que vinieran. Todo estaba dispuesto. Pero todos ellos comenzaron á excusarse. El primero le dijo: Yo he comprado una casa de campo, es preciso que vaya á verla. Os ruego me excuséis.—Yo he comprado, dijo el segundo, cinco pares de bueyes, voy á ensayarlos. Os ruego me excuséis.—Y yo, dijo otro, me he casado, no puedo ir.

“El sirviente trasladó todo á su señor.

“Entonces, el padre de familia, irritado, le dijo: Vé pronto á las plazas y á las calles de la ciudad, conduce aquí á los pobres y á los enfermos, y á los ciegos y á los cojos.—Señor, dijo el sirviente, se ha hecho como lo habéis mandado, y todavía hay asientos.—Id, replicó el señor, á los caminos y á lo largo de los valladares, y obligad á venir, á fin de que mi casa quede llena; porque, yo os digo, ninguno de los que hablan sido invitados gustará de mi cena.”

Era difícil expresar por una alegoría más clara la crisis que atravesaba el Reino de Dios.

Todo el pensamiento de Jesús está concentrado en la realización de ese Reino; toda su razón de ser está allí. El juzga al mundo y á los tiempos, bajo ese punto de vista superior, en efecto, al mundo y á los siglos. La llegada del Reino es más que el hecho de la historia de un pueblo, él es el coronamiento de toda la creación. Lo que caracteriza el momento presente, es el llamamiento de Dios á ese Reino que Jesús compara á un gran festín. Los siglos anteriores lo han preparado; hoy, la sala está abierta y la mesa puesta. El padre de familia ha enviado á su sirviente á convidar á sus invitados, y ese sirviente, es él; él sobrepuja á los hombres, teniendo siempre entre ellos un lugar privilegiado.

La bondad del Padre celestial es sin límites, quiere que la

sala del banquete esté llena; pero los invitados se sustraen; las preocupaciones, los bienes, las afecciones terrestres, les cautivan y les apartan. Esas gentes que compran casas y bueyes, ese marido que va á recibir á su mujer, ved á los primeros invitados,—todos esos doctos Fariseos, iniciados en las promesas de Dios, parecidos á los que Jesús tenía delante de él;—ellos rehusan venir. Pero lejos de impedir la munificencia del padre de familia, su infidelidad va á darle mayor brillo. Los pobres y los enfermos, los ciegos y los cojos, el desecho de la humanidad, todos los desdeñados van á ser llamados; esta multitud despreciada, esas gentes de poco valor, que los grandes tratan de execrables, porque ellos no conocen ni observan la Ley y viven extraños á su vana ciencia y á sus vanos ritos, ved á los elegidos del Reino; ellos se oprimen en la mesa del festín y acogen al sirviente que viene á invitarles en nombre del Padre de familia.

Por numerosos que sean, todos los asientos no están ocupados; y es preciso que la casa esté llena. Ella lo estará; porque, fuera de la ciudad hay, por los caminos y á lo largo de los valladares, los viajeros que pasan. Aquellos también entraron. La misericordia inagotable de Dios les obligará, por amor, á sentarse al banquete. Ellos representan á esos paganos alejados del pueblo elegido, más dejados, más despreciados todavía que los publicanos y los pecadores.

El gran carácter del Reino aparece aquí, como siempre, el privilegio de los miserables y desheredados; así subsistirá hasta el fin de los siglos, con escándalo que no entienden las cosas de Dios. Todo lo que es rico, poderoso, sabio, soberbio y fuerte, desde que él prefiera su riqueza, su potestad, su ciencia, su fuerza y su personalidad á los bienes ocultos y á las alegrías misteriosas que Dios reserva á sus fieles, será rechazado. Si él quiere obedecer á la palabra del sirviente enviado para llevarle al festín, él sabrá renunciar á todo, tener en nada lo que siente, todo lo que tiene, todo lo que es,—su ciencia humana, su potestad, su virtud misma,—y tomar lugar

entre las almas sencillas, de los mendigos, de los pecadores, de los niños de quienes Jesús decía: "A éstos es á los que pertenece el Reino." En cuanto á los otros, él no teme decirles: "Ninguno de esos hombres gustará de mi cena."

Se ignora cuál fué, entre los Fariseos sentados en la misma mesa que Jesús, el efecto de esos discursos sencillos y profundos, de esas parábolas exquisitas que dejan á los espíritus susceptibles la libertad de reconocerse ellos mismos y de juzgarse. Algunas veces encantados ó turbados, á menudo hostiles, desdeñosos é irónicos, afectan no comprender, y juzgaban con altivez al nuevo Maestro cuyo éxito les chocaba. Por lo que á él toca, no economiza á la multitud las enseñanzas austeras; si él la quiere ardiente para seguirle, él se esfuerza en transformar en virtud y en energía moral la simpatía, el entusiasmo, la admiración que ella experimenta, y le muestra á qué precio ella puede conquistar ese Reino al que él la convida y al cual ella parece impaciente de entrar.¹

Aquellos que quieren ser sus discípulos verán levantarse contra ellos á su padre, á su madre, á su mujer, á sus hijos, á sus hermanos y á sus hermanas.—"Será preciso," dijo, "rechazarles para seguirme. Será preciso odiar su vida misma; sí, tomar su cruz y caminar en pos de mí."

El comparó la obra del Reino á la construcción de una torre.

—"No la empecéis," dijo, "sin haber contado los gastos necesarios, examinado si tenéis lo que es preciso para terminarla; porque, puesto el fundamento, si no termináis la obra, se burlarán de vosotros y se dirá: "Ved á este hombre que comenzó á edificar y no pudo terminar."

Otras veces hablaba del Reino como de una guerra contra un rey poderoso.

—"Reflexionad, si con diez mil hombres, podéis afrontar al que viene contra vosotros con veinte mil; si no, estando aun lejos el enemigo, enviad á él para ajustar la paz."

¹ Luc., XIV, 25, 35.

El recordaba sin cesar que la gran fuerza para luchar, el gran recurso para edificar, era el renunciamiento total que hace al hombre invencible y rico, porque al arrancarle de sí mismo y á todo lo creado, él le dispone á recibir la fuerza de Dios y la abundancia de su Espíritu.

El comparaba esta sabiduría del renunciamiento á la sal que debe sazonarlo todo.¹ "Tened cuidado que no se ponga desabrido; aquel que deja evaporarse la virtud del Espíritu no es mas que una sal insípida que no sirve para nada ni para la tierra ni para el estiércol; se la arroja afuera."

Estas verdades severas no alejaban de él á los publicanos y á los pecadores. El apóstol á quien la caridad devora puede decirlo todo, su franqueza es un atractivo para los corazones rectos. Las pobres gentes desdeñadas por los Fariseos acudían á Jesús. Mientras que los maestros les rechazaban, evitando como una mancha su contacto, él les llamaba, no temía hacerse una escolta y comer con ellos, con gran escándalo de esos devotos sin piedad. ¿No era allí en donde halló sus mejores fieles? ¿No eran ellos los más desamparados?

No se cesaba de hacerle un reproche; sus enemigos escandalizados decían:—"Ved cómo acoge á los pecadores y come con ellos."

Su bondad le inspiró para justificarse las parábolas más conmovedoras; gustaba decir de ellos: "Este es una oveja extrañada y una dracma perdida."

—"¿Quién de entre vosotros, poseyendo cien ovejas, si ha perdido una, no deja las otras noventa y nueve en el desierto, y se va en pos de aquella que ha perdido hasta que la encuentra? Cuando la ha encontrado, la pone gozoso sobre sus espaldas, vuelve á la casa, convoca á sus amigos y á sus vecinos, y les dice: Regocijáos conmigo, he hallado á mi oveja perdida."

¹ Luc., XIV, 34. Cf., Mat., V, 13; Marc., IX, 49.

² Luc., XV, 1 y sig.

“Yo os digo, habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.

—“¿Quién es la mujer que, teniendo diez dracmas, si ha perdido una, no enciende su lámpara, no barre su casa y no busca cuidadosamente, hasta que la haya encontrado? Cuando ella la ha hayado, convoca á sus amigos y á sus vecinos, y les dice: Regocijáos conmigo, he hallado la dracma que había perdido.

“Tal será, yo os lo digo, la alegría de los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia.”

De todas las miserias humanas, la mayor es la de los hombres sin Dios; ella reasume á todas las demás y las agrava, porque ella tiene algo de infinito. La conmiseración de Jesús para el pecador es el rasgo dominante de su carácter; ella desborda de él y se revela siempre, más conmovedora y más profunda, en sus discursos y en sus actos. Salvar, curar, iluminar, llevar á Dios todo lo que, en Israel y sobre la tierra entera, está perdido, enfermo, impotente, tenebroso, ved la voluntad ardiente y constante. Cómo la desprecian esos falsos justos, y cómo la ultrajan, cuando en su sequedad de corazón, ellos se atreven á reprocharle y á censurar lo que es su genio, su esencia misma!

El quiso á menudo conmover á esas almas duras y hacerles entender los designios de la misericordia de Dios.

En esos mismos días, más entristecido por su ceguera, les dijo, en presencia de los publicanos y de los pecadores, esta parábola.¹

—“Un hombre tenía dos hijos:—Padre, le dijo el más joven, dame la parte de mis rentas. El padre hizo la división. Pocos días después, el más joven de los hijos, reunió todo, partió para una tierra extranjera y lejana, y dispó sus bienes en los excesos y desórdenes.

¹ Luc., XV, 11, 32.

“Después que lo hubo consumido todo, sobrevino en el país una gran hambre, y comenzó á sentir la necesidad. Se marchó, se puso al servicio de un hombre de ese país, quien le envió á sus campos á guardar los puercos.

“Hambriento, hubiera querido saciarse con las bellotas que comían los puercos; ninguno le daba. Entonces, entrando en sí mismo, se dijo: Cuántos mercenarios en la casa de mi padre, tienen pan en abundancia, y yo, aquí me muero de hambre! Yo me levantaré, iré á buscar á mi padre, y le diré: Padre mío, he pecado contra el cielo y contra vos, yo no soy digno de ser llamado vuestro hijo. Tratadme como á uno de vuestros mercenarios.

“Se levantó y fué en busca de su padre. De lejos, el padre le vió. Movido de compasión, acudió, se arrojó á su cuello y le besó.—Padre mío, dijo el hijo, yo he pecado contra el cielo y contra vos. Yo no soy digno de ser llamado vuestro hijo.

—“Traedme pronto su primer vestido, dijo el padre á los sirvientes, vestidle, ponadle en el dedo un anillo, y calzado en los piés. Traed el buey gordo, matadle. Comámos y regocijémonos. Mi hijo que véis estaba muerto, y él revive; estaba perdido y se le ha hallado.

“Pusiéronse á comer y á regocijarse.

“Ahora bien, el hijo mayor estaba en el campo. Cuando volvió y se acercó á la casa, escuchó el ruido de la sinfonía y de la danza; y, llamando á uno de los sirvientes, le preguntó lo que pasaba:—Vuestro hermano ha vuelto, dijo, y vuestro padre ha matado al buey gordo, porque le ha encontrado bien.

“El fué sobrecogido de cólera y no quiso entrar. Entonces, el padre salió y le suplicó que viniese.—Cómo, respondió, yo os sirvo hace muchos años, yo no he faltado á ninguno de vuestros mandatos, y nunca me habéis dado ni un cabrito para regocijarme, comiéndole con mis amigos; y cuando este lijo, que ha devorado toda su fortuna con cortesanas, ha vuelto, habéis matado para él al buey gordo.

“El padre le dijo:—Hijo mío, tú siempre has estado conmi-

go, y todo lo que poseo es tuyo. Pero era preciso hacer un festín y regocijarse, porque tu hermano estaba muerto, y revivió; perdido, y se ha encontrado."

Los Fariseos podían reconocerse en el hijo mayor: él encarna todos los defectos, no ama á su hermano, no comprende ni el perdón ni el arrepentimiento; muy preocupado de sí mismo, murmura y se queja. El es el que debiera ser festejado y tener todas las preferencias; lo que el padre da á los otros parece ser un latrocinio que se le hace. Se mata al buey gordo para su hermano, y él no ha recibido ni un cabrito.

Todos esos rasgos tan penetrantes y tan finos en su precisión debían conmovier y despertar las conciencias. Ellos, cuando menos, han estigmatizado para siempre esos caracteres egoístas, celosos, antipáticos, cuya religión sin entrañas es una máscara y la virtud aparente un cálculo.

Los pecadores, los publicanos de todos los países y de todos los siglos, pueden leer su historia en la del hijo pródigo. En algunas palabras, ellos ven la profundidad de sus extravíos; la indecible miseria á donde los precipitan las pasiones desbordadas. Todos, en el fondo de esta tierra de hambre, á donde el pecado les conduce, han lanzado ese grito punzador que revela su desolación y su angustia: Yo muero de hambre! Los convertidos allí aprenden el camino del arrepentimiento. El recuerdo del Padre y de la abundancia que reina en su casa vuelve á brillar; mejor que morir de hambre y desesperados, ellos se dicen: Yo me levantaré y me dirigiré á mi Padre.

La misericordia infinita de Dios campea sobre toda esta narración. Las imágenes que la revelan son eternas; para pintar la bondad de Dios que perdona, la humildad del hombre que se arrepiente, la alegría del cielo y de la tierra después del arrepentimiento del hombre y el perdón de Dios, no se hallará nada más expresivo y más conmovedor.

Todos los verdaderos convertidos han dicho á Dios: "He pecado, tratadme como á uno de vuestros mercenarios; yo no

soy digno de ser llamado vuestro hijo. Todos, relevados por el Padre en su humildad, han reconocido el divino vínculo del Espíritu; ellos saben lo que es el vestido con el que les viste, el anillo de alianza puesto en su dedo y el calzado que les prepara á ser los mensajeros de la paz. Ellos escuchan en ellos, entre las alegrías y sinfonías del festín, la voz del Padre, que dijo: "Mi hijo estaba muerto, y vive; perdido, y se ha encontrado."

Jamás se sabrá lo que esta historia del pródigo ha removido á las conciencias, curado á las almas perdidas, prevenido desesperaciones, animado á arrepentirse; ella hace levantar un último sol en las vidas más culpables y más deshonradas.

Los discursos que el tercer Evangelio solo nos ha guardado, tienen un doble interés; ellos nos ayudan á penetrar más adentro en la doctrina y en el alma de Jesús, y ellos hacen revivir con precisión su nueva situación en Perea.

El Maestro está rodeado de sus discípulos; se ve estrecharse sobre sus pasos como en Galilea á las gentes de baja condición, á los alcabaleros y á los publicanos. La alta sociedad, los jefes de sinagoga y los Fariseos guardan contra él una actitud hostil, desafiadora; ellos murmuran, se indignan y discuten; emplean la astucia, desdeñan y se burlan; sin embargo, ninguno amenaza; Jesús nada tiene que temer de ellos. El puede, sin apresurar la crisis que se apresta y cuya hora le es conocida, multiplicar sus reproches; pero él dulcifica su acento, para hablar á sus discípulos, antiguos y nuevos, escogidos casi todos entre esas gentes pequeñas de quienes le agrada ser seguido.

A esos alcabaleros convertidos, recomienda bien emplear en el porvenir los bienes terrenales que han injustamente reunido. No teme emplear como estimulante, para esas naturalezas apenas salidas de su vida culpable, el ejemplo de los mismos malvados.¹

—"Un hombre rico," les dijo, "tenía un ecónomo infiel á

¹ Luc., XVI, 1 y sig.

quien se acusó ante él de haber disipado su fortuna. El le llamó.—¿Qué es lo que oigo de tí? le dijo, rinde tus cuentas porque en lo sucesivo ya no administrarás.

“El ecónomo, preocupado, se decía: ¿Qué haré, puesto que mi señor me retira mi gestión? Trabajar en la tierra, yo no tengo fuerza; mendigar, tengo vergüenza. Yo se lo que haré para hallar, después de mi despedida, á personas que me reciban en su casa.

—“Convocó á todos los deudores de su amo.—¿Cuánto debéis? dijo á uno.—Cien barriles de aceite.—Tomad vuestra boleta, sentaos pronto y escribid cincuenta.—¿Y vos, dijo á otro, cuánto debéis?—Cien medidas de trigo.—Ved vuestra boleta, escribid ochenta.

“El amo del ecónomo infiel le alabó por haber sido tan avisado.—“Avisado,” dijo Jesús; “en efecto, los hijos del siglo lo son, y ellos lo son más entre sí para sus negocios, que los hijos de la luz.

“El dinero que tenéis,” agregó, ese dinero que es de Dios antes de ser de vosotros, y que os atribuíis injustamente, sin pensar en que sóis los ecónomos de Dios, “aprended á haceros amigos, quienes, en la hora en que vengáis á faltar, os reciban en los tabernáculos eternos.”

Aquellos que están familiarizados con la doctrina de Jesús comprenderán ese lenguaje; él decía á menudo: “Lo que hacéis al menor de los pobres, á mí es á quien lo hacéis.” Desde entonces, el rico que, por su generosidad hacia los pobres ha hecho de ellos sus amigos en la tierra, tendrá á Jesús mismo y á los ángeles como amigos en el cielo. Cuando el Padre, en la muerte, le quite su gestión, él será recibido en los tabernáculos eternos por Aquel que, por derecho, es el señor.

Se notará también qué idea de la propiedad inculca Jesús á sus discípulos; él no la niega como ciertos críticos lo han creído, según una falsa exégesis, el ve en ello sólo una gerencia temporal. El hombre no es sino un administrador; el único, el verdadero propietario es Dios. Si él lo olvida, descono-

ce el derecho supremo de Dios, y entra en la injusticia; su fortuna, aunque justamente adquirida, merece ser llamada, según la expresión enérgica y profunda de Jesús, el “Mammon inicuo,” porque ella no es mas que un bien usurpado, y ella será la causa de toda clase de injusticias. Este es el caso de la mayoría de los hombres. El Maestro eleva el pensamiento de sus discípulos y les recuerda que las riquezas son poca cosa, —bienes engañosos y pérfidos, tesoros de préstamo que no nos son confiados sino por un tiempo.

—“Administradlas fielmente,” les dijo. El que es fiel en las cosas pequeñas será fiel en las grandes. Y si vosotros no habéis sido fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará las verdaderas? Y si no habéis sido fieles con los bienes extraños ¿quién os dará el nuestro?

Los grandes bienes, los bienes verdaderos, los bienes propios del hombre, designan ciertamente los bienes del Reino, los tesoros del Espíritu, inmensos como Dios, verdaderos como El, y hechos por la bondad del Padre la propiedad de los discípulos de Jesús. El único valor que él atribuye á las riquezas y á la fortuna, es que al distribuirlas, ellas nos permitan entrar en los tabernáculos eternos. Esta administración fiel le parecía más hábil que la hábil infidelidad del ecónomo, formándose amigos en la tierra con bienes que no le pertenecían.

Por lo demás, él no cesaba de inspirar el desprendimiento de todo lo que pasa. El “Mammon” no debe esclavizarnos; nosotros no debemos ser sino los servidores de Dios, el único Señor. Ahora, el que es esclavo de “Mammon” no podrá servir á Dios; es preciso elegir: ó él amaré al uno ú odiaré al otro ó se adherirá al uno y despreciará al otro.

Los Fariseos cuya avaricia era proverbial, habían hallado el secreto de conciliar el goce servil de los bienes de la tierra el fausto y la grandeza, con su piedad del todo exterior y su santidad legal. En su falsa sabiduría práctica, les parecía exce-

lente cultivar el "Mammon" y satisfacer á todos los ritos; se burlaban de las enseñanzas de Jesús, de su pobreza y de su desprecio por todos esos tesoros que el hombre ambiciona con codicia. Las enseñanzas heroicas siempre han parecido á los espíritus vulgares é interesados una locura.

—"Idos," les dijo Jesús, "vosotros que os glorificáis, Dios os conoce: lo que es grande ante los hombres es abominable ante Dios." En seguida, con una autoridad á la que el contraste de su debilidad aparente daba más fuerza, él rebatió la insolencia de esos soberbios, significándoles que su reino estaba terminado.

—"La Ley y los profetas," sobre los que habéis establecido vuestra aristocracia y vuestro despotismo religioso, "se detienen en Juan." Desde Juan, el Reino de Dios comienza: él está abierto á todos, cualquiera puede entrar." Y mostró á sus adversarios á esta multitud, objeto de su desprecio, que le rodeaba y que se oprimía á su llamamiento. Nada de privilegio, de nacimiento ni de estudio, de riqueza ni de ciencia: igualdad de todos; el último de los alcabaleros penitentes es tan grande como el heredero del pontificado supremo.

Se comprende lo que esta doctrina respecto al Reino de Dios, sucediendo á la Ley y á los profetas, tenía de chocante para los Fariseos y de amenazadora para la potestad religiosa que ellos se arrogaban. También acusaban á Jesús de derribar á la Ley y á los profetas, y no cesaban de lanzarle este reproche ante el pueblo. Atacarles, ¿no era atacar á la Ley de la que se daban como los guardianes celosos?

Jesús se defendió victoriosamente. Afirmó, por el contrario, la eternidad y la inmutabilidad de la Ley.—"El cielo y la tierra pasarán, más bien que un solo punto de la ley sea borrado."¹

Lejos de destruirla, como lo ha repetido constantemente, viene á cumplirla, á acabarla; trae la substancia de todo lo que

¹ Luc., XVI, 16.

² Luc., XVI, 17.

ella figura y simboliza por sus ritos; realiza todo lo que los profetas han predicho. Todo lo que la ley manda de justo y de santo, lo mantiene y lo perfecciona; todo lo que Moisés ha tolerado de imperfecto, por causa de la dureza de corazón de su pueblo, lo repudia, porque Moisés no escribió su Ley sino sobre la piedra, pero él la escribió en el alma.

Citó como ejemplo el divorcio, y lo reprobó ante esos Fariseos ó Saduceos que abusaban sin escrúpulo de la tolerancia concedida por el legislador. Jesús le suprime en su Reino.

—"El que repudia á su mujer y se casa con otra, comete un adulterio," dijo; "y el que se casa con la mujer repudiada por su marido, comete igualmente un adulterio."

Los Fariseos ya le habían puesto insidiosamente la cuestión:—¿Es permitido al hombre repudiar á su mujer por cualquier motivo? ¹

Jesús les había respondido: "¿No habéis leído en el Libro? Aquel que hizo al hombre al principio, le hizo macho y hembra. El dijo: El hombre dejará á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer; ellos serán dos en una sola carne. Por tanto, ellos no son dos, sino una sola carne. Entonces, concluyó Jesús, lo que Dios ha unido, que el hombre no lo separe."

La monogamia es de institución divina; la poligamia una desviación del plan primitivo. Lo que Dios ha establecido, los hombres lo han alterado; este es el papel de Jesús, reformar todas las cosas.

Los Fariseos le objetaron triunfalmente la autoridad de Moisés:—¿Por qué, entonces, dijeron, Moisés ha mandado dar á la mujer un libelo de repudio y despedirla?

—"Moisés, respondió Jesús, os ha permitido despedir á vuestras mujeres, por causa de la dureza de vuestro corazón; pero desde el principio no fué así." Y, hablando como señor que formula la ley verdadera, la ley inflexible, agregó: "El que despida á su mujer—excepto el caso de adulterio,—y se casa con otra, es adúltero."

¹ Mat., XIV, 3 y sig., y parall.

La separación está permitida; la mujer indigna puede ser excluida del hogar; pero el lazo subsiste entre los esposos: ellos permanecen indisolublemente unidos. La mujer repudiada no tiene derecho de casarse con otro hombre; el hombre que ha despedido á su mujer, no tiene el derecho de tomar otra.

Esta inflexible y santa doctrina del matrimonio es el honor de la sociedad nueva, fundada por el más dulce y el más casto de los legisladores. Ella amedrenta á nuestra miseria y á nuestra debilidad.—Si tal es la condición del hombre, exclaman los discípulos, no es bueno casarse. El deber es heroico. El hombre á quien arrastra la animalidad no le comprende; para obedecerle y acogerle, un don divino es necesario.

—“No todos comprenden esta palabra,” les respondió Jesús, “sino sólo aquellos á quienes les es dado.” Y agregó con un sorprendente vigor de expresión: “Hay eunucos nacidos así desde el vientre de su madre, y hay á quienes los hombres los han hecho, y hay quienes se han hecho ellos mismos, por causa del reino de los cielos.”

“El que sepa entender, entienda.”

Jesús no condena el matrimonio, pero prefiere el celibato y la virginidad, cuando el hombre los acepta libre y generosamente por causa del Reino de los cielos. Aquellos á quienes Dios llama á propagar el Evangelio por el apostolado y por la santidad de su vida, le pertenecen; les arranca de la tierra, les libera de toda criatura, les embriaga con su virtud, les absorbe y les forma á la imagen del Maestro. Como él, ellos no pueden ser los hombres de una familia, de una patria y de una raza; ellos son los hombres de la eternidad. Pobres, castos, sacrificados, su acción es de orden divino: llevan la luz á los ignorantes, la fuerza á los decaídos, la alegría á los abrumados, á los desesperados la fe que salva, á los miserables las riquezas eternas. Ellos viven de la verdad que ellos anuncian, de los beneficios de Dios que ellos prodigan. Su bondad es inagotable, porque ellos han sacrificado todo, riqueza, familia y

libertad. La caridad desborda en ellos; á toda hora ellos deben estar dispuestos á morir. La sangre que corre en sus venas es una sangre de víctimas; ella es la propiedad de Dios. Ella no debe ser derramada sino en testimonio de Dios, como la sangre de Jesús, y sobre el mismo Calvario.

De todos los legisladores, Jesús es el único que de ningún modo tiene una parte en el mal; porque él es el único que da la fuerza de triunfar. Su ley es pura y sin mancha; su discípulo siempre ha vencido al mal y sorprende al mundo por el heroísmo de su virtud. Los sabios hablan de la imposibilidad del bien; Jesús ha dado al hombre la audacia de decir: Yo puedo todo en Aquel que me fortifica.¹

Pero nada podía dominar la resistencia de esos doctores fanáticos: ellos dan la medida de la obstinación del hombre. Después de haber rechazado la verdad, continúan viviendo satisfechos, despreciando al que está debajo de ellos, desdeñando á los profetas y á la multitud de los sencillos que les sigue y les honra.

Esta obstinación, este egoísmo, esta insolencia afectada que nada conmueve, ni la debilidad de los pequeños, ni la virtud, ni la verdad, inspiró á Jesús una de esas verdades transparentes y amenazadoras, en donde los culpables pueden reconocerse, y en donde la justicia de Dios aparece para restablecer, en la eterna armonía, el orden trastornado en la tierra por los vicios y las violencias del hombre.²

—“Había un hombre rico. Su manto era de púrpura, su túnica de lino fino, y hacía todos los días una comida espléndida.

“Había también un mendigo, llamado Lázaro. Estaba acostado en la puerta del palacio, cubierto de úlceras, deseando saciarse con las migajas caídas de la mesa del rico.

“Nadie le daba. Pero los perros venían á lamer sus úlceras.

¹ Felipe, IV, 13.

² Luc., XIV, 19 y sig.

“El mendigo murió; fué llevado por los ángeles al seno de Abrahám. El rico murió; fué sepultado en el infierno. Como estaba en los tormentos, levantó los ojos y vió de lejos á Abrahám, y en el seno de Abrahám, al mendigo Lázaro.

“Lanzó un grito: Padre Abrahám, tened piedad de mí! Enviad á Lázaro; que él moje la punta de su dedo en el agua para refrescar mi lengua; yo sufro con este fuego. Abrahám le dijo: Hijo mío, acuérdate que, durante la vida, tú has recibido los bienes, Lázaro los males. Y ahora, él está consolado, y tú sufres. Además, hay un gran abismo entre nosotros y tú, de modo que aquellos que quisieran pasar de aquí á tí, ó venir de allá, en donde estás, no pueden.

“Entonces el rico dijo: Padre, envíadle, pues, os lo suplico, á la casa de mi padre, en donde tengo cinco hermanos, á fin de que él les atestigüe estas cosas, y ellos no vengan de ningún modo á este lugar de tormentos.

“Abrahám le dijo: Ellos tienen á Moisés y á los profetas, que ellos les escuchen.—No, padre Abrahám; pero si alguno de los muertos vá hacia ellos, ellos harán penitencia. Abrahám le dijo: Si ellos no escuchan á Moisés y á los profetas, y un muerto resucitara, tampoco le creerían.”

No se debe tomar á la letra las expresiones figuradas que Jesús toma de la literatura de su país y de su tiempo; su pensamiento es más elevado, él pide ser desprendido.

Amigo del fausto, muelle, brillantemente vestido, haciendo gran comida, sin piedas para el pobre cubierto de llagas y muriendo de hambre á su puerta, menos compasivo que el perro que lame las úlceras del miserable,—el saduceo puede reconocerse en la parábola. El aprenderá á conocer á dónde le lleva su epicurismo sin entrañas. El será torturado, entregado á la inexorable justicia de Dios en esa vida de ultra-tumba á la que él rehusa creer, pero que Jesús ofrece amenazante ante sus ojos. Los desdichados que seguían al Maestro y que no tenían más patrimonio que la pobreza, el hambre, las enferme-

dades, pero que ponían en él su confianza, ved al mendigo de Lázaro. La muerte les libertará y les abrirá el seno de Abrahám, ese símbolo arrebatador de la bondad del Padre celestial.

Jesús no quiso decir que el rico, sólo por ser rico, será enviado á la reprobación, y el pobre, sólo por pobre, á la felicidad del Padre. El rico es reprobado por haber olvidado la misericordia en su egoísmo voluptuoso, el pobre es salvado por haber puesto su esperanza en Dios, y justificado por su vida su nombre de Lázaro.¹

Lo que es espantoso, es que después de la muerte, el término de esos destinos contrarios es inmutable: por una parte el dolor que no termina y que no se alivia más; por la otra, el reposo en el seno del Padre. Entre los dos un abismo infranqueable. El hombre está advertido: que él elija. La incredulidad saducea no tendrá excusa. ¡Ah! si al menos alguno de los muertos viniera para certificarnos lo que pasa en el Scheol! ¡Los profetas y la Ley no habían superabundantemente hablado, y el Saduceo no creía en los profetas y en la Ley? Los testimonios no faltan; Dios les ha multiplicado sin número, pero el hombre tiene el poder de desconfiar á Dios: los letrados judíos son la prueba; la incredulidad de todos los tiempos lo atestigua. La ceguedad no está en el espíritu: él tiene su principio en el corazón malo. Llegará un día en el que Jesús resucitado se mostrará: se sorprenderá, se espantará; pero se criticará, se negará. El Resucitado que habrá vencido á la muerte no vencerá á aquellos á quienes su vida mortal no ha podido persuadir. Jesús pensaba sin duda en la impenitencia final de sus enemigos, pronunciando esta palabra que él pone en Abrahám: “Aun cuando alguno de los muertos volviera, ellos no creerían más en él como en Moisés y los profetas.”

¹ Eleazar, por contracción Lazar, en hebreo, significa Dios, mi socorro, y él ayuda á comprender la parábola.

Los discípulos, testigos de esas luchas crecientes de su Maestro contra todo lo que la nación contaba de influyente, de rico y aun de celoso por la ciencia, el culto y la Ley, han debido más de una vez, sufrir el choque. Una oposición semejante era de naturaleza para conmover á los neófitos. Jesús, en la intimidad, les aseguraba y les fortificaba. Al recordarles la gran obra que él venía á cumplir,—obra de división, de separación, de guerra,—les decía: “Los escándalos son inevitables. Es preciso que ellos se verifiquen. Pero desdichado de aquel por quien ellos llegan! Mas les valiera que se les atara al cuello una piedra de molino y que se les arrojara en el mar, que escandalizar á uno de esos pequeñuelos.”

Impedir al débil, al pequeño, ir á Dios es el mayor de los crímenes, es la obra del Antecristo; nadie como Jesús ha sentido el horror y señalado el justo, el espantoso castigo.

—“Velad sobre vosotros,” decía aun á los suyos, para precaverles contra aquellos que debían tratar de desprenderlos de él.

La lucha, la hostilidad persistente agrían á menudo y endurecen á los mejores; Jesús permanece bueno y misericordioso. El se daba en ejemplo á sus fieles, encomendándoles perdonar siempre.—“Si vuestro hermano peca contra vosotros, reprendedle; si él se arrepiente perdonadle. Y si él peca contra vosotros siete veces al día, si vuelve á vosotros, siete veces, diciendo: Yo me arrepiento, perdonad.”

Los apóstoles, que vivían con él en comunión más profunda, experimentaban que él era para ellos su fuerza y su sabiduría. Extasiados por su palabra, subyugados, encantados, exclamaron:—Señor, aumentad nuestra fe; y él, para hacerles entender la potestad ilimitada de la fe, les decía:—Si la tenéis como un grano de mostaza, diréis á ese moral: Desarráigate y trasplántate en el mar. El os obedecería.”

La fe que pone al hombre en comunión de voluntad y de alma con Dios participa de su potestad infinita. Ella no desa-

rraiga solamente á los árboles, no trasplanta solamente las montañas, ella levanta el mundo de los espíritus hasta Dios. Los milagros que ella cumple en el orden físico son poco, comparados á los milagros del orden moral.

El Maestro, que descubre á sus apóstoles su grandeza divina, temiendo que ellos no se exaltacen, les recuerda la dulzura, la humildad que conviene al verdadero servidor de Dios.—“¿Quién de vosotros teniendo un sirviente encargado de trabajar y de apacentar, le dice á su regreso del campo: Vete á la mesa? El le dice al contrario: Prepárame de cenar, cíñe tus riñones y sírveme, hasta que yo haya comido y bebido. Después comerás y beberás.”

Si el sirviente hace lo que el señor ha ordenado, ¿le deberá gracia? Yo no lo pienso. Sucede lo mismo respecto á vosotros. Cuando hubiéreis hecho lo que se os está encomendado, decid: Somos sirvientes inútiles, lo que debíamos hacer, lo hemos hecho.”

Por estas lecciones desconocidas á la sabiduría humana, Jesús formó á sus discípulos y amasó al hombre nuevo. Antes de él, siempre egoísta é interesado, hasta en su religión, el hombre pensaba en sus derechos y en sus méritos de quienes reclamaba el precio de Dios, como un mercenario. En la escuela de Jesús, cualquiera que sea el brillo de esos servicios, el hombre permanece anonadado ante Aquel á quien él debe todo y que no sabría deberle nada. Le basta cumplir su voluntad; el amor le inspira, y la última palabra del amor es olvidarse en Dios.